

Re-visión de los proyectos de emancipación americanos del siglo XVIII en la zona andina del Perú y en Chile: una mirada desde la otredad del problema

Re-vision of the Latin American independence projects
of the 18th century in the Andean region of Peru and
Chile: a view from the otherness of the problem

Camilo E. Cancino Sandoval*

Universidad de Santiago, Chile

cancinocamilo@yahoo.es

Resumen

Este artículo propone reflexionar sobre los antecedentes del movimiento de Independencia americana que se remontan al siglo XVIII, donde se cimentaron sus bases. En él comulgan dos movimientos emancipadores que representan sectores muy distintos de la sociedad americana de la época: el proyecto de los criollos o españoles americanos y el de los mestizos, indígenas y campesinos. La visión eurocentrista ha privilegiado el proyecto de los primeros, silenciando a los segundos. Los aportes de Enrique Dussel, Walter Mignolo, y Nelson Osorio, entre otros, nos permitirán entender que ambos proyectos se relacionaron de una manera compleja, lejos del pensamiento que equipara las insurrecciones indígena-campesinas a las criollas para *forzar* una causa común de la Independencia.

Palabras claves: eurocentrismo, emancipación americana, Historia de la cultura, castas, insurgencias.

Abstract

This article proposes a reflection on the events leading up to the Latin American Independence movement which date back to the 18th century, when its foundations were laid. Within this movement there were two emancipating trends coexisting. These represent very different groups in the Latin American society of that time:

* Maestrando en Literatura Latinoamericana y Chilena, Universidad de Santiago, Chile.

the Creoles on one side and the mestizoes, natives and peasants on the other one. The Eurocentric view has favoured the Creole project, silencing the second one. The contributions of Enrique Dussel, Walter Mignolo and Nelson Osorio, among others, will allow us to understand that both projects related in a complex manner, which is far from the belief that puts the native-peasant rebellions on the same level with the Creole rebellions in order to *force* a common cause of Independence.

Key words: Eurocentrism, American independence, history of culture, castes, rebellions.

Dentro de las actuales corrientes críticas de pensamiento en América Latina existe una tendencia cada vez mayor a re-pensar desde un punto de vista propio y alejado (o al menos con cierta distancia) del pensamiento dominador occidental y europeo. Desde los años 50, aproximadamente, aparecen las corrientes post-colonialistas, subalternas, postoccidentalistas y los Estudios Culturales, los cuales (con más o menos aciertos) han puesto en el debate académico una fuerte crítica al llamado eurocentrismo u occidentalocentrismo que ha ejercido una fuerte influencia (en todo orden de cosas) sobre los territorios y naciones que forman parte de la periferia.

Ambos conceptos derivan de la noción de etnocentrismo, el cual es definido, en palabras de Tzvetan Todorov, como “elevar, indebidamente, a la categoría de universales los valores de la sociedad a la que yo pertenezco” (Lander 149); el eurocentrismo es una variedad de éste que instaura a Europa como centro del mundo. Además correspondería al poder ejercido por la cultura europea que implanta su manera de pensar sobre los pueblos subyugados a ella, ya sea por el poder de la invasión militar (las colonias europeas en América, África, Asia) o por la fuerza de la dominación económica y epistemológica.

En tanto, el concepto de occidentalocentrismo es la nueva forma que toma el eurocentrismo después de la Segunda Guerra Mundial cuando Estados Unidos pasa a ser el nuevo centro del Sistema-Mundo. En ambos conceptos permanece el mismo sustrato: “los valores de la civilización cristiano-occidental habrían de ser los de toda la humanidad y sus cosmovisión debería imponerse sobre todo el orbe” (Santos Herceg 342). En fin, ambos conceptos aluden a lo mismo: la opresora concepción totalizadora del pensamiento del dominador.

Ante esto nacen corrientes ideológicas que se oponen a tal forma de concebir el mundo y la historia de los pueblos con el fin de quitar la venda que impide apreciar lo que verdaderamente son y así romper con el lazo que somete y ciega el espíritu de los *subalternos*. Aportes como el de Enrique

Dussel (2001) que impulsa un proyecto que valoriza, respalda y motiva el trabajo crítico e intelectual de los territorios que no pertenecen al centro, como es el caso de Latinoamérica, y que los conmina a pensar y re-pensar desde *acá*. En una misma línea Immanuel Wallerstein (2001) hace una directa crítica al modelo eurocentrista y a las ciencias sociales las cuales, en sus palabras, son “un producto del sistema-mundo moderno, el Eurocentrismo es [el] constitutivo de la geocultura del mundo moderno” (Mignolo 95), siendo éste el modelo cognoscitivo y epistemológico que domina el pensamiento, en nuestro caso, de América Latina.

Por otra parte, el aporte que hace la Historia Cultural (como rama de la historiografía) a los planteamientos anteriores es enorme, pues permite poner en práctica estas ideas en pos de un trabajo mucho más enriquecedor para la investigación de problemas que tienen su origen en el pasado de nuestro continente. En este sentido Nelson Osorio resume de la siguiente manera el sentido último de la Historia cultural:

Se trata, en fin, de una práctica teórica *comprehensiva*, cuyo campo de trabajo, por otra parte, no se reduce a la cultura actual, contemporánea, ni tampoco a las expresiones de los sectores ilustrados y hegemónico, sino que permanece abierta a toda la producción cultural no solo como un proceso articulado sino, sobre todo, como cambiante y, en consecuencia, cambiante (Hachim 12).

La mirada crítica de la Historia cultural nos permitirá validar el contraste de los hechos históricos que han sido olvidados y obviados por la hegemonía de los grupos que asumen el poder político, ideológico e intelectual en las distintas etapas de la historia de Latinoamérica, comenzando por los españoles peninsulares y luego por los criollos en el siglo XVIII.

Al respecto, es indudable que el siglo XVIII en Hispanoamérica corresponde a un momento complejo que ha sido simplificado y estudiado a través de una fuerte corriente eurocéntrica que se puede resumir de manera extremista (pero no inocente) en las palabras de un intelectual de principios del siglo XX, quien fuera rector de la Universidad de Chile entre los años 1911-1923, Domingo Amunátegui Solar:

Hispanoamérica, con inmensos sacrificios, logró emanciparse de la Madre Patria; pero sólo conseguirá su completo desenvolvimiento cuando se organice en debida forma, y realice la obra inconclusa de España, levantando a la raza primitiva, compuesta de millones de individuos, hasta la esfera de la vida y del pensamiento europeos (Amunátegui 216).

Esta forma de concebir nuestra historia representa el imaginario eurocéntrico al que hacía referencia Santiago Gómez-Castro, y que de una u otra manera se ha mantenido en las directrices ideológicas de los grupos hegemónicos e ilustrados que han gobernado nuestros destinos y de los historiadores que la han defendido y propagado (Frías Valenzuela, Encina, Vial, Jocelyn-Holt)¹.

De lo anterior se desprende lo siguiente: una clara distinción entre *ellos* (la raza primigenia) y *nosotros* (los americanos), que aspiramos a ser *otro* (europeo). Se trata de un problema de identidad que se arrastra a partir de la llegada de los españoles a nuestro continente y que se hizo evidente en el siglo XVIII, sobre todo en sus últimos veinte o treinta años con las ideas de emancipación, independencia y reivindicación que se produjeron y que desembocaron en la autonomía de Hispanoamérica. Tales hechos se dieron de manera compleja; por un lado el proyecto de los criollos y, por otro, el que involucró a los indígenas, mestizos y campesinos. El problema reside en los diferentes intereses de ambos grupos que se agudizaron con la fuerte influencia de la división de castas.

¿Debemos concebir la Independencia como un hecho exclusivamente criollo? ¿O fueron, tal vez, los movimientos indígenas y campesinos los *reales* precursores de la emancipación americana? Ambas posibilidades han sido trabajadas y resueltas de manera más o menos satisfactoria por muchísimos intelectuales, pero ambas “pasan por alto la premisa fundamental de todas las ciencias de la cultura, a las cuales pertenece asimismo la ciencia histórica: la interdependencia de las sociedades humanas” (Lewin 9). En este sentido el estudio de Joseph Pérez (1982) es bastante acertado, aunque al final de su libro se difumina su idea de considerar los movimientos indígenas y campesinos como precursores de la emancipación hispanoamericana simplificando las cosas, porque ¿es esta condición aplicable a toda Hispanoamérica? ¿Sucede lo mismo en Perú que en Chile, donde la masa indígena estaba claramente delimitada en un territorio específico como es la Araucanía? ¿No estaremos utilizando las mismas armas del eurocentrismo o es una especie de etnocentrismo solapado?

La sociedad colonial del siglo XVIII estaba dividida en castas (más que en clases sociales, pues el factor étnico fue fundamental en su conformación).

¹ Es interesante la postura de Alfredo Jocelyn-Holt L., quien en su libro *La Independencia de Chile* hace una enconada defensa a revisar esta época desde una perspectiva solapadamente eurocentrista que valida el estudio de la élite de manera casi exclusiva.

Por un lado encontramos la casta de los blancos que se dividía en los españoles peninsulares que venían directamente de España y que representaban a la Corona (la casta dominante) y los criollos, que correspondían a los descendientes directos de los españoles ya radicados en el continente. En el otro lado de la balanza encontramos a los mestizos (y sus diferentes variantes), los habitantes originales (los indios o indígenas) y esclavos africanos. La proporción en los diferentes territorios de una u otra casta era más o menos similar, siendo la nota de diferencia la cantidad de mestizos e indígenas, por ejemplo, entre el Virreinato del Perú y la Capitanía General de Chile.

Entrado el siglo XVIII la interacción de las castas se vuelve mucho más compleja, pues los intereses de cada uno se entrecruzan y reaccionan de manera diferente ante las ideas europeas (Ilustración y Humanismo), el cambio de la casa de gobierno (los Borbones) y sus medidas. Al respecto, Carlos Daniel Valcárcel agrega que:

El mestizo y el criollo hispanoamericanos (nuevos personajes sociales) nacen en el siglo XVI con la invasión hispánica y se desarrollan y afianzan lentamente en el siglo XVII, para adoptar en la etapa borbónica (siglo XVIII y comienzos del XIX) una actitud beligerante que lógicamente los condujo a su emancipación (Valcárcel 43).

De acuerdo con esto, ¿podemos hablar de movimientos de castas, propiamente tal, de manera indiferenciada y simple? La realidad es mucho más compleja. El movimiento insurreccional de Túpac Amaru se desarrolló en el sector campesino reuniendo a indígenas, mestizos, criollos y españoles (influyentes y venidos a menos), así como el proyecto contenido en la conspiración de Bélez de Córdova. El problema es mucho más interesante y debemos tomar en cuenta el espacio geopolítico de las diferentes zonas hispanoamericanas. Además, debemos tener en cuenta que el proyecto que prosperó fue el de los criollos y no el de los indígenas y campesinos, ¿por qué?

Para John Lynch, la idea de un proyecto de independencia americana por parte de los movimientos insurgentes del Alto Perú entre 1780-1781 quedaba descartada de plano. Sin embargo, “probaron que en efecto la fórmula ‘Viva el rey y muera el mal gobierno’ era obsoleta” (Bethell 32). Esto nos entrega luces sobre la compleja relación entre las distintas castas que no puede generalizarse, pues en algunos casos su impacto (el de las insurrecciones) fue más poderoso que en otros.

Debemos reparar en el hecho de que la situación de los criollos, de manera general, sufrió cambios sustanciales en esta etapa histórica: “En efecto las reformas implican mayor intervencionismo por parte del Estado español. Consecuencia inmediata fue la llegada a América de nutridos grupos de administradores peninsulares para aplicar medidas decididas” (Pérez 13). La consecuencia de esto fue que “muchas personas se sintieron amenazadas en sus privilegios, en su actividad o influencia política y social” (Pérez 14), lo que afectó especialmente a algunos grupos: “Los criollos se sienten algo desplazados en su condición de casta dominante” (Pérez 16).

En este plano, el descontento criollo se hace patente. Se sienten perjudicados, y como propone Gustavo Faverón-Patriau (1997), nace un incipiente sentido nacionalista. Sin embargo, este sentimiento nacionalista es subordinado a la pérdida de sus beneficios sociales, económicos y políticos. Contribuyó a esto las ideas de la Ilustración, no tanto la francesa sino que una nueva especie de ilustrismo que Andrés Roig (1983) circunscribe a Hispanoamérica y define como una tercera etapa del Humanismo: el Humanismo Emergente.

De lo anterior se puede comprender el hecho de que el proyecto de emancipación de los criollos (en sus inicios) no significara una independencia total de España, sino más bien una administración autónoma de ella como un gran reino independiente donde el cuerpo administrativo sería ocupado por los americanos, mejor dicho, los criollos. Con el tiempo, estas ideas comenzaron a desplazarse hacia una concepción mucho más radical del proyecto reflejándose en una gran cantidad de conspiraciones, alzamientos y revueltas populares nacidas dentro del espacio criollo: la ciudad. Sin embargo, el carácter de estos hechos no fue el mismo en el Virreinato del Perú o en Chile; se produjeron con matices distintos y a destiempo: en el Perú se intensificaron a partir del año 1730 con la conspiración de Bélez de Córdova en 1737 hasta la insurrección de Túpac Amaru en 1780, decayendo luego hasta ser el país sudamericano que más tarde se independizó de España. Para el caso particular de Chile, durante el período expuesto anteriormente, el movimiento insurreccional criollo se limitó a escasos hechos, destacando la conspiración de los “Tres Antonios” en 1780 y el descontento general de la población de Santiago en 1776.

A partir de esas ideas (de la Ilustración francesa) y los conflictos de intereses que sostuvieron los criollos americanos con los oligarcas españoles se forjó un proyecto de emancipación propio, más o menos estable que finalmente se concretó en el siguiente siglo.

Sin embargo, ése no fue el único proyecto de insurgencia, descontento y separación. El grupo integrado por los pueblos originales (denominados *indios* o *indígenas*) y por los mestizos, criollos y españoles pobres que conformaban el sector campesino también se habían hecho sentir en pos de un proyecto mucho más complejo que el de los criollos, pues fue sumamente diferente tanto en el Virreinato como en Chile. Al respecto, Carlos Valcárcel presenta en las primeras páginas de *Rebeliones coloniales sudamericanas* (1982) una interesante cronología del siglo XVIII (incluyendo acontecimientos del 1800 y 1900) donde se aprecia el intenso movimiento subversivo del grupo indígena y campesino en Sudamérica.

El siglo XVIII en el área andina del Virreinato del Perú es escenario de una gran cantidad de alzamientos protagonizados por la masa popular de las provincias y las ciudades (principalmente de las provincias). En *Repartos y rebeliones...* (1980) Jürgen Golte da a conocer la gran cantidad de alzamientos de los grupos en la zona Andina del Perú, llegando a contabilizar cerca de 66 a partir de 1730, en donde “la sublevación general [de Túpac Amaru en 1780] resulta la culminación de la etapa de rebeliones campesinas iniciada alrededor de 1765” (Golte 140).

Es necesario aclarar que estas insurrecciones tuvieron características muy diferentes al movimiento mapuche; sin embargo, sus motivaciones eran comunes: el claro rechazo a las políticas abusivas de los corregidores y encomenderos. En cuanto a las motivaciones y características de estos movimientos, podemos resumirlas en un rechazo al abuso de las políticas económicas que recayeron sobre los indígenas y campesinos, las cuales tienen su punto más evidente en los repartimientos, mitas y obrajes. En relación con esto, son innumerables los testimonios de esta situación los cuales se tradujeron en la paupérrima existencia del grupo más bajo de la sociedad colonial.

Además, en el caso de las rebeliones altiplánicas, las crueldades históricas cometidas por los españoles incentivaron un fuerte sentimiento de reivindicación de su pasado prehispánico (Flores Galindo, 1987) y del regreso al orden del Imperio Incaico. En este sentido, es muy importante la fuerte relación que existió entre estos movimientos insurgentes, de rasgos milenaristas y mesiánicos, que explicarían la efervescencia y masificación que provocaron las ideas insurreccionales de las grandes sublevaciones altiplánicas.

Tal concepción se basa en los estudios realizados por Norman Cohn en su libro *En pos del milenio*, que hoy en día “abarca una serie de fenómenos que rebasan los límites de la tradición judeo-cristiana” (López-Baralt 15). El

autor “propone que se llame milenarista a todo movimiento social inspirado por la esperanza de una salvación que cumpla con los siguientes requisitos: tiene que ser *colectiva...*, *terrenal...*, *inminente...* y *sobrenatural...*” (López-Baralt 15-16). Además, estos movimientos “fueron auténticos precursores de los grandes movimientos revolucionarios” (Cohn 16). Tales teorías están muy enraizadas en la ideología contenida en la religiosidad y cosmovisión de la cultura Inca. De hecho, es innegable el carácter mesiánico de Juan Santos Atahualpa, Túpac Amaru y Túpac Katari con el mito de Inkarrí. Faverón Patriau señala que “el mito vertebral de las utopías andinas es Inkarrí, el inca muerto, descuartizado, cuyas partes desperdigadas por la vasta extensión del incario (en algunas versiones, la cabeza está en España) se habrán de unir un día, el día en el que el inca retornará a gobernar entre los suyos” (Faverón 107). Investigadores como Alberto Flores Galindo y Mercedes López-Baralt han tratado este interesante factor distintivo de las sublevaciones andinas del Virreinato del Perú. Se agrega a esto la presencia de líderes que se guían bajo la concepción de un nuevo orden (la concepción de *Pachakutec* andina que se establece a través de ciclos) que será reestablecido por un *elegido* o *mesías*.

En la mayoría de los movimientos de esta área, “las únicas personas que podían servir de dirigentes de un movimiento de simpatías indígenas fueron los caciques, y los caciques tuvieron tantas quejas contra la práctica de la administración colonial, como cualquier pobre tributario” (Howland 347). Fueron estos líderes los que llevaron a cabo las sublevaciones más importantes y organizadas. Muchos de estos dirigentes pertenecían a la aristocracia inca (caciques) y llegaron a elaborar proyectos de tipo nacionalistas que “quisieron constituir un gobierno y una sociedad organizados en beneficio del elemento indígena y guiados por las tradición de los incas, con los cuales les sería posible cultivar su propia lengua y desarrollar su cultura sin presiones directas de los europeos” (Howland 356).

Estos proyectos, en su gran mayoría, no se articulaban sobre la base de una separación total del Estado español ni una expulsión o discriminación violenta del sector blanco privilegiado, sino propiciaban una integración pacífica y equilibrada de cada sector social. Es, en realidad, un legítimo reconocimiento a su diferencia. Sin embargo, tal idea de heterogeneidad no estaba en las bases que constituirían el concepto de “nación americana” impulsada por la élite criolla, ya que “el convencimiento por parte de los patriotas de la fuerza modificadora del liberalismo, que había de subsumir las diferencias en la categoría única de ‘nación de ciudadanos’. Más aún, esa ‘nación de

ciudadanos' era la puerta por la que se atisbaba un destino alumbrado por el gran mito ilustrado del progreso" (Quijada 18).

En Chile, el movimiento insurreccional no criollo se concentró en el sector indígena del sur del Bío-Bío, cuyos habitantes recibieron el nombre genérico de *araucanos*, pero que en realidad correspondió a los mapuches y sus ramas cercanas como los picunches y huilliches.

Su movimiento insurreccional se definiría, más que como una rebelión, como una *resistencia* que estableció una frontera clara que estaban en el río Bío-Bío. Esta frontera corresponde a la característica más importante que diferencia este movimiento con sus similares del Perú ya que establecería, dentro de un mismo territorio, dos culturas totalmente distintas.

La resistencia mapuche llevaba ya dos siglos de lucha y enfrentamientos que "habían puesto en jaque la hegemonía peninsular en la región" (Faverón 40). Destacan significativamente dos rebeliones, las que no pudieron contra el proceso de integración ejercido por el estado chileno. Estos levantamientos fueron el de 1723 y el de 1767. El primero tuvo sus causas por el abusivo sistema comercial impuesto por los funcionarios españoles, mientras que el segundo se produjo por el proyecto de crear reducciones para reunir a los araucanos en pueblos. En ambos se da una característica en común: "ambas rebeliones se generaron en la intensificación de las relaciones pacíficas y no en ofensivas hispano-criollas para someter a los araucanos. Su origen debe explicarse en el marco de la convivencia fronteriza, en los abusos, tensiones y dificultades propios del contacto entre los dos pueblos" (Casanova 105). Fue eminentemente de carácter indígena, con muy poca participación de mestizos o criollos. Así lo expresan Pablo Marimán, Sergio Caniuqueo et al. en una interesante exposición de sus ideas sobre su pueblo originario:

La posterior entrada de los invasores españoles no hizo más que cristalizar, del Bío Bío al sur y en el *puelmapu*, la ancestral identidad de los territorios y su población para transformarse paulatinamente en unidad políticosocial permanente de la sociedad *mapuche*, la cual sólo se verá interrumpida a finales del siglo XIX por la ocupación militar del territorio *mapuche* y el sometimiento de su población por los Estados chileno y argentino (Marimán 43).

En estas rebeliones no existieron líderes que lograran unificar o forjar un frente común como el formado por Túpac Amaru o Juan Santos Atahualpa. La razón radica en el tipo de organización política y militar mapuche que agrupaba a varias familias en que los caciques cambiaban continuamente.

Como fue dicho anteriormente, esta resistencia y sublevación se dio en los términos de una relación de fronteras, que es claramente descrita por Holdenis Casanova en *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII (1987)*, y se expone a continuación:

en relación a la situación fronteriza existente en el siglo XVIII, se tejía una compleja red de intereses particulares y locales que en la época resultaban más poderosos que el interés general del país. El cuadro político, administrativo, militar, económico y social imperante en la frontera se había hecho regular y permanente y era difícil lograr su transformación en beneficio de toda la colonia... allí se mezclaban los intereses de la corona, de las autoridades locales, de la iglesia, del ejército y de los tipos fronterizos, de los hacendados y mercachifles (Casanova 12).

El abuso y el trato cruel de los encomenderos y capitanes de frontera fue la causa de la animadversión de los mapuches hacia los españoles y criollos, además de muchos alzamientos, situación similar a lo que ocurría en Perú.

En ambos territorios estos grupos constituían un sector subalterno, desvalorizado y violentado. En ambos movimientos se aprecia una reacción violenta a los continuos e históricos abusos cometidos por la administración española en Sudamérica, que se reflejaron bajo las formas del reparto y de las encomiendas. Sin embargo, el movimiento reaccionario del virreinato del Perú se dio desde adentro de la sociedad colonial, pues el grupo indígena y mestizo no estaba aislado como es el claro caso de los mapuches que estaban separados territorialmente con el resto de Chile lo que genera otro tipo de relación entre centro y periferia.

Debemos tener cuidado al momento de analizar lo sucedido en las diferentes regiones de nuestro continente pues la situación de la sociedad colonial, tanto en el Virreinato del Perú como en la Capitanía General de Chile, estaba basada en una sólida y muy compleja red de relaciones entre las diferentes castas que la componían. Así se entiende lo visto por los enviados Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en sus *Noticias secretas de América*, sobre el profundo resquemor y envidia entre los criollos y los españoles: “donde las ciudades y poblaciones grandes son un teatro de discordia y continua oposición” (Juan y Ulloa 427). Esta diferencia se agravaría con las reformas borbónicas de control interno en las colonias, que unidas a los influjos de las ideas libertarias y el afán racionalista de la Ilustración francesa, más el ejemplo de la Independencia de Estados Unidos y la revolución francesa, instalarían

un profundo anhelo reformador de la situación de los criollos, sobre todo de los pertenecientes al sector comercial y político. Esto dará origen a lo que se conoce como *movimiento de emancipación hispanoamericano*; nacido en estas esferas, tenía intereses distintos a los de los indígenas y campesinos, pero no totalmente opuestos, pues su afán libertario es la base que los constituyó.

Respecto a lo sucedido en la zona andina se dejó en claro que los proyectos subversivos fueron de carácter emancipatorio (en el sentido de liberarse de la tutela de un gobierno), pero con una base fuertemente reivindicatoria de la cultura original del antiguo incario y del sustrato ideológico extraído de su cosmovisión religiosa, e impregnados de características milenaristas y mesiánicas (adaptando estos conceptos de Cohn a las particularidades de las culturas originales hispanoamericanas).

Por el contrario, el movimiento indígena mapuche no presentó las mismas características, pues su situación fue otra. Podemos hablar con propiedad de un movimiento emancipatorio de resistencia que duró por más de tres siglos y que, a diferencia de otros movimientos, separó claramente su espacio geopolítico dentro de la Capitanía. Es por esto que la casta predominante era la de los indígenas sobre la de los mestizos. Pese a estas y otras diferencias, guardan una estrecha relación: ambos se convirtieron en movimientos generales que demostraban un claro descontento con la situación actual de la colonia y que preconizaban la idea de libertad.

Entonces, y a la luz de lo expuesto anteriormente, ¿podemos seguir pensando que el único proyecto de emancipación existente fue el de los criollos? La respuesta es categórica: claro que no. Pero ¿hablamos de un mismo proyecto de emancipación? La respuesta es la misma: no. Son situaciones diferentes pues su organización social es muy compleja. Es por esto que debemos concebir, primero, que ambos tipos de movimientos pueden ser denominados como emancipatorios y, segundo, que se relacionan en las ideas de libertad y nacionalismo que se entendieron de manera distinta de acuerdo al sector social y al lugar geopolítico en que se gestaron. Estas ideas concuerdan con el sustrato ideológico de la Ilustración (Osorio 2007).

En fin, hemos abordado un problema que por mucho tiempo había sido pasado por alto por la historiografía tradicional, que había simplificado la cuestión a través de la imposición de una sola perspectiva, la imperante desde la conquista de América: la visión de *otro*, del vencedor. En nuestro caso, esta visión se traduce a la mirada eurocéntrica de la historia que ha imperado en las mentes de “Nuestra América”.

Esta mirada eurocéntrica, que se basa en una concepción de la historia como proceso hacia el progreso (idea de la Modernidad europea), ha concebido el siglo XVIII en Hispanoamérica como una etapa de aparente calma, que en su última etapa desemboca en un sentimiento emancipador que traería como consecuencia la Independencia de América en el siglo siguiente. Este movimiento revolucionario de carácter independentista es llevado a cabo por los americanos patriotas. Pero ¿de qué tranquilidad hablamos? ¿De qué tipo de americano hablamos? ¿Por qué se habla de movimiento emancipador para el proyecto de los criollos (americanos patriotas) y movimientos insurgentes y de rebeliones cuando nos referimos a lo hecho por el sector indígena y campesino (mestizo)? ¿Hubo conexión entre ambos proyectos? ¿Es fácil distinguir de esta manera los sucesos revolucionarios de este siglo? Todas estas interrogantes fueron tratadas en este trabajo con la finalidad de dar (cierta) luz sobre ellos.

En resumen, tratamos el concepto de eurocentrismo (occidentalocentrismo, etnocentrismo) y la crítica que han hecho de este los pensadores actuales de las nuevas corrientes de pensamiento crítico latinoamericano (Estudios post-coloniales, subalternos, culturales, Filosofía de la liberación, Historia cultural) que, en líneas generales, pregonan un nuevo centro de enunciación de los discursos, volcándose a lo latinoamericano e identificando claramente lo que correspondería a una intromisión de la mirada europea. En este sentido es posible,

pensar que, en términos generales, los estudios que se realizan sobre la cultura, las ideas, los proyectos políticos, la producción artística y poética se reducen casi en forma exclusiva a “generalizar” lo que hacían, pensaban y decían los miembros de una elite claramente minoritaria, los *mestizos*, los blancos (españoles y criollos) que no constituían sino un 12% de la población total (Osorio 2).

Asimismo, hemos podido apreciar que los procesos históricos y los proyectos ideológicos se han “impuesto” en nuestro continente de la misma manera que en Europa. O mejor dicho, se han querido imponer. Sin embargo, un proceso como la Ilustración no se da de la misma forma en Hispanoamérica que en el continente europeo, pues esta Ilustración “incorpora la complejidad de un pensamiento en proceso de diferenciación” (Hachim 23) que traerá como consecuencia “un cisma entre los estratos educados en una atmósfera de recepción de la ‘modernidad’ y los estratos populares” (Góngora 184).

En definitiva, no podemos entender el siglo XVIII colonial de la misma

manera que en el continente europeo, pues éste se dio e influyó de forma muy compleja en nuestra sociedad. A esto debemos tomar en cuenta un concepto clave: los espacios *geopolíticos*. Con esto debemos asimilar el hecho de que los movimientos revolucionarios y los alzamientos de uno u otro eslabón se dieron de formas singulares en cada espacio geopolítico de Hispanoamérica. Por lo mismo, no podemos caer en la generalización excesiva, aunque sea con la mejor intención, pues el eurocentrismo es mucho más difícil de quitar de lo que parece. Sin embargo, es necesario profundizar aún más en este terreno pues, ¿podemos pensar lo mismo al comparar el movimiento de Túpac Amaru en 1780 con los alzamientos mapuches de 1766?

Por último, es indispensable dejar de concebir nuestra historia como una sucesión de hechos simples protagonizados sólo por unos pocos protagonistas y entenderla a partir de un pensamiento foráneo y externo que correspondería a la visión eurocentrista. Si bien es una discusión que cada día gana más terreno en el ámbito universitario, debemos ser capaces de trasladar este debate a un público más masivo que aún concibe el mundo con imágenes mentales distorsionadas e impuestas desde afuera, desde la “otredad” occidental del colonizador.

Bibliografía

- Amunátegui, Miguel Luis. *Los precursores de la Independencia de Chile*. Santiago de Chile: Imp. De la República de Jacinto Núñez, 3 tomos, 1870, 1871, 1872.
- Amunátegui Solar, Domingo. *La emancipación de Hispanoamérica*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, 1936.
- Casanova Guarda, Holdenis. *Las rebeliones Araucanas del siglo XVIII. Mito y realidad*. Temuco, 1987.
- Cohn, Norman. *En pos del Milenio*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Faverón Patriau, Gustavo. *Rebeldes. Sublevaciones indígenas y naciones emergentes en Hispanoamérica en el siglo XVIII*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Galindo, Alberto Flores (comp.). *Sociedad colonial y sublevaciones populares: Tupac Amaru II-1780*. Lima: Retablo de Papel Ediciones, 1976.
- Gay, Claudio. *Historia física y política de Chile. Vol. IV*. Santiago: Centro de investigaciones Diego Barros Arana (DIBAM), 2008.
- Golte, Jürgen. *Repartos y rebeliones. Túpac Amaru y las contradicciones de la economía colonial*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, IEP, 1980 [1ª ed. en alemán, 1977].
- Góngora, Mario. *Estudios sobre la historia colonial de Hispanoamérica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1998.
- Hachim Lara, Luis. *Tres estudios sobre el pensamiento crítico de la ilustración americana*. Alicante: Cuadernos de América sin nombre, Universidad de Alicante/Universidad de Santiago de Chile, 2000.

- Howland, John. *Los incas del Cuzco. Siglos XVI- XVII- XVIII*. Cuzco: Instituto Nacional de Cultura Región Cuzco, 1955.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *La Independencia de Chile. Tradición, Modernización y Mito*. Santiago de Chile: Editorial Planeta, 1999.
- Juan, Jorge y Ulloa, Antonio de. *Noticias secretas de América*. Madrid: Historia 16, 1999.
- Lander, Edgardo (Comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2000.
- Lewin, Boleslao. *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la independencia de Hispanoamérica*. Cuarta edición. Buenos Aires: Sociedad Editora Latinoamericana, 1942.
- Lynch, John. “Los orígenes de la independencia”. En Bethell, Leslie: *Historia de América Latina*. Barcelona: Editorial crítica, volumen 5, 1991.
- López-Baralt, Mercedes. *El retorno del inca rey. Mito y profecía en el mundo andino*. Puerto Rico: Editorial Playor, 1987.
- Marimán, Pablo, Sergio Caniuqueo et al. *¡...Escucha, winka! Cuatro ensayos de Historia Nacional Mapuche y un epílogo sobre el futuro*. Santiago: LOM ediciones, 2006.
- Mignolo, Walter (Comp.). *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*. Ediciones del signo, Buenos Aires, 2001.
- Osorio Tejeda, Nelson. *Consideraciones preliminares para el estudio del siglo XVIII en el mundo andino*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile, 2008.
- Pérez, Joseph. *Los movimientos precursores de la emancipación en Hispanoamérica*. Madrid: Alambra, 1982.
- Picón Salas, Mariano. *De la conquista a la Independencia* [1944]. México:Fondo de Cultura Económica, 3º ed., 1994.
- Quijada, Mónica. “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX”. *Inventando la nación: Iberoamérica siglo XIX*. A. Annino y F.X.Guerra. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Roig, Arturo Andrés. “Movimientos y corrientes del pensamiento humanista durante la época de la Colonia hispanoamericana: Renacimiento, Barroco e Ilustración”. *Revista de filosofía* (Universidad de Chile), XXI-XXII (diciembre de 1983): 55-83.
- Safford, Frank. “Política, ideología y sociedad”. *Historia de América Latina*. Leslie Bethell. Vol. 6. Barcelona: Editorial crítica, 1991.
- Salas Astrain, Ricardo (Coord.). *Pensamiento Crítico Latinoamericano. Conceptos fundamentales*. Vol. 1. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2005.
- Valcárcel, Carlos Daniel. *Rebeliones Coloniales Sudamericanas*. México: Fondo de Cultura Económica (Colección Tierra Firme), 1982.
- Viscardo y Guzmán, Juan Pablo. “Carta a los Españoles Americanos”. *Obra Completa*. Lima: Banco de Crédito del Perú, Biblioteca Clásicos del Perú, 1988.